

simpática y cordial. Llegamos á las tres de la tarde, tras una marcha de once leguas. Al tocar en la puerta de la ciudad empezó á caer un aguacero terrible; pero las señoras permanecieron en sus puestos victoreando á las tropas y echándonos flores y agua de colonia.

»Hay multitud de buenos edificios; la Alameda es grande, y este y los demás paseos se pueblan por las tardes de señoras, vestidas con una elegancia que nos ha sorprendido agradablemente.»

Los jefes republicanos no habiendo tenido tiempo para llevarse todo el material de guerra que en la plaza habian reunido, dejaron oculto mucho de lo que tenian. Sabido esto por los imperialistas, empezaron á buscar, y pronto encontraron dos obuses de montaña, un cañon de grueso calibre, cuatro piezas de diversos calibres, montajes, cajas de municiones de cañon, gran cantidad de plomo y pólvora, carros y diversos objetos de campaña.

1864. Las tropas republicanas, despues de evacuada la ciudad, continuaron en retirada, marchando la fuerza de infantería á Huichapa, á donde habia llegado ya el general Patoni, y quedándose con la caballería el coronel D. Ramon Corona en la hacienda llamada de Menores. Patoni, conociendo su actividad y decision por la causa republicana, le nombró comandante militar de Nombre de Dios, facultándole para que organizase fuerzas que debian expedicionar entre Durango y Zacatecas, así como por la sierra entre Sinaloa y Durango. Inmediatamente que recibió el nombramiento, se puso en marcha, llegando con bastantes penalidades á la villa de Nombre de Dios. No encontró D. Ramon Corona en

esta poblacion ninguno que quisiera encargarse de la autoridad política, ni nadie tampoco que se prestase á servirle de explorador. Esto le hizo temer que se proyectase una sorpresa, y, por precaucion, pernoctó en el campo, cerca de la hacienda llamada Juana Guerra, que se halla á poco menos de una legua de la villa. Al rayar el alba del dia sigiente 19 de Julio, hizo que su fuerza se dispusiera para expedicionar. En el momento mismo en que daba algunas órdenes, una fuerza de zuavos franceses que habia salido de Sombrerete, se presentó á las ocho de la mañana, haciendo un vivo fuego de fusilería sobre los ginetes republicanos. Aunque preparados estos de antemano, no pudieron tener la calma necesaria para esperar con serenidad á sus contrarios por el sobresalto con que habian pasado la noche temiendo una sorpresa; y viendo que los zuavos avanzaban rápidamente, empezaron á desorganizarse, emprendiendo muchos la fuga. D. Ramon Corona trató de alentar á su gente ya casi dispersa; pero sus esfuerzos fueron inútiles; y al fin tuvo que abandonar el campo, sufriendo sensibles pérdidas, que consistieron en cuarenta y cinco soldados que perecieron, y en sesenta y dos caballos, ciento dos lanzas, cincuenta y dos mosquetes, veintitres sables, siete mil quinientos cartuchos y otra gran cantidad de otros efectos que cayeron en poder de sus contrarios.

Otra columna salió de Durango en persecucion de Patoni, cuya esposa habia muerto en la ciudad pocos dias despues de la entrada de los imperialistas. El general republicano, considerando que no podria disputar con buen éxito el punto en que se hallaba, emprendió su retirada

hacia Nazas, donde encargando el mando al general Sanchez Ochoa, se dirigió á Santa Rosa.

Por el rumbo de Tampico no se presentó mas favorable en ese mes la fortuna á las armas republicanas. El coronel D. Carlos Dupin, habiendo salido de Tantoyuca á las cinco de la mañana del 14 de Julio, llegó á Tantuna á las cuatro de la tarde del mismo dia, haciendo una jornada de quince leguas. En esta última plaza se hallaba el coronel republicano D. José Manuel Casados y Juarez con una fuerza bastante bien organizada. La inesperada aparicion de las tropas de Dupin que, sin detenerse, emprendió el ataque sobre sus contrarios, sorprendió á estos. No le fué posible, por lo mismo, al jefe juarista organizar su gente para hacer una defensa en regla, y viéndose sus fuerzas acometidas por todas partes, trataron de salvarse desbandándose en desórden. Un capitán republicano, apellidado Ortega, se defendió heroicamente de los que le cercaron, hiriendo cuatro caballos de sus contrarios, y muriendo al fin como un valiente: tambien murió otro teniente llamado Castillo, batiéndose cuerpo á cuerpo con un oficial de los de Dupin; perdiendo igualmente la vida el jefe D. José Manuel Casados y Juarez, así como quince hombres de la clase de tropa.

1864. En poder de los vencedores cayeron cuarenta y ocho fusiles, treinta caballos, considerable número de mulas, y el estandarte de la fuerza.

En la hacienda de Cuerámaro, Estado de Guanajuato, una guerrilla republicana de que era jefe D. Aniceto Guzman, fué sorprendida y hecha prisionera, por el capitán imperialista Musset, sin que lograrse salvarse ni

aun el jefe, que era uno de los mas diestros guerrilleros.

Contraria les fué tambien á los republicanos la suerte de las armas en el punto llamado el Meadero, perteneciente al Estado de Veracruz. El jefe juarista D. Juan Zamudio salió al encuentro de una fuerza franco-mejicana á las once de la mañana del 9 de Julio, trabándose en seguida un reñido combate. Los republicanos se batieron con notable valor; pero viéndose al fin flanqueados por sus contrarios, emprendieron la retirada, despues de haber tenido cien muertos y un número crecido de heridos. Los vencedores se apoderaron de muchas armas, hicieron cincuenta y cinco prisioneros, entre ellos á un capitán llamado Othon Riplé, y continuaron marchando hacia Tlacotalpan. A las tres de la tarde descubrieron los imperialistas el sitio en que tenia situado su cuartel general el referido jefe republicano D. Juan Zamudio, que les presentó nuevo combate, y que le fué igualmente desgraciado. Esta jornada le costó un número sensible de muertos, cincuenta y cinco prisioneros, ciento cincuenta fusiles, siete cañones provistos de setenta tiros por pieza, doscientas cartucheras, varias cajas de municiones, y considerable cantidad de pólvora. El jefe imperialista Marechal, que era el que mandaba la columna, despues de dejar parte de su tropa en el punto llamado el Conejo, se dirigió el siguiente dia 10, á Tlacotalpan, donde entró tras una breve resistencia que le opuso el general juarista García, que carecia de elementos para defender la plaza.

El dia 1.º de Julio las fuerzas juaristas que ocupaban la villa de Zitácuaro, la abandonaron despues de un ligero

combate que se trabó al hacer el reconomiento de la posición el general imperialista D. Leonardo Márquez. En ese combate fué herido mortalmente el general, imperialista tambien, D. Rosalio Elizondo, que, como tengo referido, se habia adherido con toda su fuerza al imperio el mes de Mayo. Elizondo fué conducido en una camilla á Maravatío, donde murió el dia 4 del mismo mes. Su muerte causó una verdadera pena á los vecinos de la expresada poblacion, sin distincion de partidos, pues el comportamiento que antes y despues de haberse unido al imperio habia observado constante en los pueblos donde permanecia con su tropa, era caballeroso y honrado, grangeándose con él la estimacion de todos.

1864. El general D. Leonardo Márquez volvió á su
Julio. cuartel general dejando en Zitácuaro un destacamento de su division y la seccion del coronel D. Paulino Gomez Lamadrid. En el momento que se alejó Márquez con el grueso de sus fuerzas, proyectó el jefe republicano Don Vicente Riva Palacio atacar la poblacion. Meditado el golpe, se presentó en la mañana del 5 de Julio, al frente de la plaza el jefe de guerrilla D. Nicolás Romero con un cuerpo de trescientos ginetes. Poco despues llegó al campamento juarista con sus tropas, D. Vicente Riva Palacio. El total de la division republicana ascendia á mil seiscientos hombres.

Tenia el mando en jefe de la tropa imperialista el coronel Don Doroteo Vera.

Don Vicente Riva Palacio trató de atraer á las posiciones que habia ocupado, á sus contrarios; pero el jefe que estaba al frente de éstos y sabia que los alrededores de

Zitácuaro son muy accidentales, permaneció quieto. Viendo Don Vicente Riva Palacio que no lograba su objeto, se decidió á cambiar su posición, flanqueando la derecha de la poblacion, marchando á situarse en un cerro que la dominaba. Entonces el coronel imperialista Don Doroteo Vera dispuso que saliera una fuerza que batiera la posición de los contrarios; pero fué rechazada con bastantes pérdidas. Alcanzada esta ventaja, las tropas republicanas se lanzaron con ímpetu sobre la poblacion, despreciando el nutrido fuego que los imperialistas hacian. El conflicto era terrible para los soldados del imperio; todo hacia creer que el triunfo iba á coronar los esfuerzos de los asaltantes. El coronel Don Doroteo Vera, presentándose en el sitio de mayor peligro, alentó á su tropa y contuvo el avance de sus contrarios. En ese mismo momento el teniente coronel imperialista Don Antonio Diaz, por órden del mismo Vera, organizó tres columnas de infantería y caballería en el centro de la plaza, y acometió con ímpetu imponderable á los republicanos. Entonces se trabó una lucha terrible que duró largo tiempo, manteniendo indecisa la victoria. La suerte de las armas se decidió por fin en favor de los imperialistas, retirándose los asaltantes despues de haber sufrido sensibles pérdidas. Consistieron éstas en sesenta y seis muertos, entre los cuales se contaban seis jefes y oficiales, en ciento cincuenta prisioneros, incluso un comandante y dos subalternos; en diez mulas con municiones, algunos equipajes y bastantes armas.

Los imperialistas tuvieron veintitres muertos, entre ellos el capitán de la guardia municipal de Méjico Don Vicente Hernandez, y dos sargentos; heridos el alférez

Don Luis G. Arista, diez y seis soldados de infantería y cuatro de caballería.

En el Sur del Estado de Jalisco es donde no habia corrido sangre en los campos de batalla en el mes en que acontecieron los hechos que estoy refiriendo. Ninguna division respetable franco-mejicana se habia movido para atacar á los diversos cuerpos del ejército del centro, situados en las poblaciones de Cocula, Ciudad-Guzman, Sayula, Zapotlan y otros. Esa circunstancia fué muy favorable para las fuerzas republicanas allí colocadas, y que ascendian á ocho mil hombres, pues en el estado de poca armonía que reinaba entre el general Don José María Arteaga y el general en jefe Don Miguel María de Echeagaray, produciendo la desconfianza en los soldados, difícil hubiera sido alcanzar la victoria en un combate, si se hubiese acercado una division imperialista.

Afortunadamente para la causa que defendian, Don Miguel María Echeagaray daba todos los pasos para terminar con las diferencias suscitadas entre ellos; le habia enviado, como tengo ya referido, una comision para convencerle de la resolucion en que estaba de luchar hasta morir ó vencer contra el imperio, y el dia 3 de Julio dió un manifiesto en Ciudad-Guzman, donde tenia su cuartel general, en que manifestaba que solo esperaba las disposiciones del gobierno respecto de aquella cuestion, para acatarlas inmediatamente. «Yo espero del ciudadano general Arteaga,» decia en uno de los párrafos de su manifiesto, «de su buen criterio y de su patriotismo, que persuadido de lo conveniente que nos es ahora la union, se prestará á obedecer mis órdenes, inte-

1864.

Julio.

rin el supremo gobierno de la república determine lo conveniente nombrando general en jefe. Yo, el primero, obedeceré ciegamente al que nombre el ciudadano presidente.» En otro párrafo se expresaba así: «Repito que el supremo gobierno de la república tendrá muy pronto que decidir quién deba mandar. Para el efecto ya me he dirigido al ciudadano presidente por el conducto del ministerio de la guerra, esperando desde luego que lo que decida, sea bajo las impresiones que experimente oyendo las razones del ciudadano general Arteaga y las mias.»

Aunque Don José María Arteaga estaba en la fecha en que se dió esa proclama en conferencias con los comisionados que le habia enviado D. José María de Echeagaray para ver si se resolvía á reconocer el nombramiento de éste interin el gobierno determinase quién debia quedar con el mando de general en jefe, no por esto dejaba de trabajar con actividad por la causa republicana. Viendo los abusos que cometian algunos jefes de guerrillas, exigiendo de los habitantes de las rancherías y haciendas de campo todo cuanto apetecian, causando con sus exacciones un disgusto general en los pueblos con perjuicio de la causa que defendian, trató de formar cuerpos de caballería ligera, que sustituyesen á aquellas. Tomada esta determinacion, expidió el 2 de Julio, desde Cocula, una circular, como gobernador y comandante militar que era del Estado, señalando á cada propietario de hacienda, así como á cada pueblo en que no habia guarnicion imperialista, el número de caballos que habian de entregar para llevar á cabo su pensamiento. «Estando convencido este gobierno,» decia en la referida circular, «que las guerri-

llas que actualmente y en vez de tropas ligeras, forman la línea avanzada del ejército, careciendo de recursos diarios para vivir, lo hacen sobre las poblaciones indefensas, en medio de desórdenes y depredaciones que han arruinado á veces familias y aun pueblos enteros, desconcertando el buen sentido de esos mismos pueblos en favor de la independencia nacional, he resuelto la creacion de una caballería ligera que sustituya dichas guerrillas, y que por su moralidad sea á la vez garantía de seguridad para los individuos y las propiedades.

»Con este objeto, pues, el gobierno distribuye en el Estado un contingente de mil caballos de valor de cien pesos. En esta distribucion le corresponde á usted (tantos) que entregará en esta comandancia en el término de ocho días, contados desde la fecha en que esta se reciba, y de no hacerlo así, será multado en el duplo del valor que corresponde al número de caballos que se le ha asignado.» (1)

Laudable era la intencion del general Don José María Arteaga en tratar de que los jefes de guerrillas no extorsionasen á los pueblos, formando, para suplirlas, cuerpos ligeros de caballería; pero en el estado en que se encontraban la mayor parte de las haciendas de campo, casi era imposible reunir el número de caballos que en su circular señalaba. Rara era la finca de campo, así como rancharía ó pueblo, de donde los guerrilleros no hubiesen tomado la mayor parte de los que habia. Siendo esto así, los indivi-

(1) El lector puede ver esta circular en el Apéndice de este tomo bajo el n.º 5.

duos que no pudiesen presentar el número de caballos que se les asignaba, se veian en la precision de entregar una cantidad de dinero que, en el estado de ruina en que se hallaban la agricultura y el comercio, era superior á la posibilidad de sus fortunas. La circular, en consecuencia, no satisfizo á las personas que tenian que entregar lo pedido. Difícil es á un jefe acertar en las disposiciones que toma, cuando se encuentra escaso de recursos y en circunstancias criticas; pero creo que si el general Don José María Arteaga, hubiese quitado los caballos á las guerrillas de que se quejaba, para darlos á la fuerza de caballería ligera que anhelaba formar, habria conseguido que terminasen las extorsiones á los pueblos, sin hacer pesar gravámen ninguno sobre ellos.

En el mismo dia 2 de Julio, expidió otra circular que tenia por objeto aumentar las fuerzas del ejército para combatir contra el imperio. «Habiendo quedado sin efecto, hasta la fecha,» decia en ella, «las leyes expedidas para la organizacion de la guardia nacional, ^{1864.} Julio. en las que este gobierno se propuso, como objeto principal, cubrir las filas de guardia móvil segun lo exigiera el tiempo y las circunstancias; y habiendo llegado por otra parte para el Estado, la época en que necesita, para salvarse, de la cooperacion de todos sus hijos; este gobierno, con la conciencia de su deber, y resuelto á cumplirlo, convoca otra vez solemnemente en torno de la bandera nacional, á los jaliscienses todos, dispuesto á cegar con mano firme, el egoismo donde quiera que lo encuentre, y sin distincion de clase alguna.

«Por tanto, y para no perjudicar los trabajos rurales de

la estacion, remitirá usted á esta comandancia militar, y en el perentorio término de tres dias, en vez del total de sus hombres útiles para llevar las armas, la cuarta parte de los existentes en esa finca, segun su estadística que justificará en esta misma comandancia.» (1)

Pocos dias despues de haber tomado el general D. José María Arteaga las anteriores disposiciones y de haber hablado con los comisionados que le envió D. Miguel María de Echeagaray, convino en reconocer á este por general en jefe, interin determinaba el gobierno lo que juzgase conveniente sobre aquel asunto. Este arreglo causó un vivo placer en el ejército, y el espíritu del soldado volvió á reanimarse.

Entre tanto que en la mejor armonía esperaban todos los jefes republicanos la determinación del gobierno de Don Benito Juárez respecto de la persona que debia quedar con el mando del ejército, el general D. José Lopez Uruga se encontraba en una situacion verdaderamente crítica. Desde que hizo dimision del mando del ejército del centro por haberle negado la obediencia Arteaga, acusándole de estar en contestaciones secretas con los imperialistas, se dirigió al Estado de Michoacan, creyendo que allí podría prestar algunos servicios á la causa republicana. Pronto vió que su presencia allí disgustó á varios jefes de guerrillas, enemigos del gobernador Don Juan B. Caa- maño, que anhelaban mandar por sí mismos. El general Uruga no quiso mezclarse en las diferencias que tenian, y permaneció quieto en un punto, disgustado de ver la po-

(1) Esta circular la verá el lector en el Apéndice de este tomo, bajo el n.º 6.

ca armonía que reinaba. Sin embargo, como las palabras que habia dicho contra su fidelidad el general Arteaga habian sembrado la desconfianza hácia él en muchos que antes le miraban como á uno de los mas celosos defensores de las instituciones republicanas, el abogado y coronel Mercado, padre de otro jefe de guerrilla de igual apellido y tambien abogado, le aconsejó que pidiese á los imperialistas un pase para ir á país extranjero, y le dió tres notas para que eligiese la que mas propia juzgase. El general Uruga, al encontrarse objeto de la desconfianza de muchos, y, por lo mismo, expuesto á que el mismo gobierno de Don Benito Juárez, creyéndole efectivamente culpable, ordenase su aprehension, sufriendo, entre tanto que se averiguaba la verdad, las penalidades que acompañan á toda prision, pensó dirigirse al puerto de Acapulco, embarcándose allí en el primer buque que marchase para otra nacion; pero la noticia recibida de la toma de aquel puerto por los franceses, frustró su pensamiento. Entonces tomó la determinacion de enviar al abogado Romero á Méjico, para que le pidiese al emperador, en persona, los pasaportes para salir del país, ó que hiciese de su persona lo que gustase. Romero salió de los Reyes con el expresado encargo, y llegó á Méjico, donde encontró de ministro de negocios extranjeros de Maximiliano al abogado D. José Fernando Ramirez, persona que habia pertenecido siempre al partido republicano. El expresado ministro recibió muy bien al enviado del general Uruga; dió cuenta en la noche del mismo dia al emperador del objeto del comisionado, y pocos momentos despues fué recibido este por Maximiliano. Manifestado el deseo de D. José Lopez Uruga, el empera-